

¿TIENE SENTIDO HOY UNA PEDAGOGÍA DE LOS SENTIMIENTOS?

Vicente GARRIDO GENOVÉS

Profesor titular de la Universidad de Valencia

Más de una vez se ha discutido sobre los límites en la capacidad de actuación o intervención de la escuela. Esto parece especialmente cuestionable en el ámbito de la educación emocional/sentimental. El autor viene a centrar el debate y a sugerir que, aunque restringido, el espacio y la posibilidad de intervenir de la institución escolar sigue existiendo, pero exige adaptaciones.



Un sentimiento es una valoración personal de una emoción. Así, la ira tiene un referente fisiológico: una reacción típica del organismo que se caracteriza por la vasoconstricción, la enervación de determinados músculos de la cara y manos, una respiración sofocada... pero es la evaluación subjetiva de que yo estoy sintiendo rabia o enojo hacia alguien la que define, precisamente, el sentimiento, la experiencia vital que canaliza mi relación en un momento y lugar determinado hacia otra persona o hacia una institución. Por ejemplo, puedo tener ira hacia el ayuntamiento de mi ciudad porque me ha impuesto una sanción que considero injusta, y desde luego, hacia una persona en particular a la que considero que le mueve el egoísmo en vez de buscar el trato justo en su relación conmigo.

La importancia de los sentimientos en la educación no puede ser soslayada, toda vez que éstos actúan como filtros que ayudan a colorear la experiencia personal. De este modo puedo decir que me indigno cuando veo que alguien veja a otro, y esa indignación es un sentimiento que no puedo controlar, porque deviene en un automatismo. Los sentimientos traducen las creencias y valores de la persona. Los sentimientos están anclados en la misma naturaleza humana, pero precisan de la educación para que definan la realidad interpersonal, esto es, el modo de relación que esos sentimientos van a privilegiar.

Un alumno puede sentirse ridiculizado porque no alcanza el nivel medio de su clase. Enfrentado a esta realidad, privado de cauces por los que ganar prestigio y aceptación entre el grupo de pares, puede que opte por expresar ira y desprecio hacia los profesores y las tareas escolares.

¿De qué va a depender que desarrolle o no esos sentimientos? Hay razones temperamentales, en primer lugar. El temperamento es la base biológica de la personalidad, aquello que hemos heredado y que constituye una impronta que nos pone las cosas fáciles o difíciles desde el inicio. La actividad del sistema nervioso o su irascibilidad son propiedades del temperamento. Hay chicos con un temperamento difícil. Los padres y los profesores lo saben bien. Pero el temperamento, en segundo lugar, se hornea por el ambiente, y los padres primero y el contexto de la escuela y del grupo de pares después pueden marcar una diferencia importante, aunque se trate de chicos que presentan problemas tempranos de aprendizaje (como el trastorno de déficit de atención e hiperactividad).

La cuestión que quiero debatir en este breve artículo es qué puede hacer la escuela para que los sentimientos de los alumnos sean objeto —no desde luego el único— de la actividad educativa de las escuelas. A mi modo de ver, hay tres ideas esenciales en las que centrar la discusión.

La primera es que la escuela, entendida ésta como institución general, no puede llegar a compensar los casos más difíciles de chicos con trastornos de conducta, niños y jóvenes que parecen contar con un egocentrismo muy sólido, y unos sentimientos muy débiles hacia la satisfacción derivada del trabajo bien hecho y hacia los vínculos de lealtad y reciprocidad que son requisitos imprescindibles para crear un capital humano que vertebré la sociedad. Estos casos requieren la atención de equipos interdisciplinarios y un contexto especialmente diseñado para que al menos su comportamiento preadolescente y adolescente no contenga actos de violencia graves o de pérdida de importantísimas oportunidades personales como consecuencia de sus acciones irreflexivas y antisociales.



No estoy hablando necesariamente de chicos "delincuentes", sino de niños y jóvenes que desafían toda regla de los profesores y de sus padres para afirmar la vivencia del hedonismo y de uso del alcohol y drogas (muchos de ellos, no todos) como respuesta a un horizonte que ni siquiera llega a ilusionarles mínimamente.

Sería prolijo detallar las razones del aumento del número de alumnos que presentan estas características, y no tengo espacio aquí para ello (mi último libro, *Los hijos tiranos: el síndrome del emperador*, se extiende en este punto), pero la idea esencial es esta: la sociedad en su conjunto —y no solamente la familia— ha perdido capacidad de socialización, al mismo tiempo que los elementos que antaño inhibían la conducta desviada se han ido erosionando de un modo notable.

¿Por qué ha perdido la sociedad capacidad educadora? Porque ahora la familia dispone de menos tiempo y energía para educar; porque la escuela tiene que hacer frente a un clima social donde la labor del aprendizaje está menos valorada entre los chicos, y porque ahora muchos de ellos presentan una realidad social mucho más compleja de lo que antes era habitual entre el alumnado.

¿Y por qué han perdido vigencia los elementos inhibidores de la conducta antisocial? Una sociedad constriñe el delito y la violencia en la medida en que existe un capital humano o social que desapruueba esas conductas. El capital social o humano se constituye del conjunto de relaciones entre los miembros de una comunidad que colaboran para prestarse ayuda y se dirigen a una serie de metas comunes, que fortalece a toda esa comunidad.

Aunque en los últimos veinticinco años se ha producido un notable crecimiento económico en nuestro país, los valores y conductas que antes contaban con un gran consenso han dejado de ser tan numerosos y tan sólidos. Al mismo tiempo, las oportunidades para la desviación han aumentado: las drogas, el alcohol, las diversiones

adictivas y raramente productivas se ofrecen de modo real y virtual.

El resultado de todo ello es que la escuela está en peores condiciones para educar que antes: su mensaje ahora es menos creíble, y sus recursos no han aumentado al mismo nivel que el desafío expuesto en las líneas de arriba. En los casos donde los déficit de los alumnos (emocionales y de comportamiento) son importantes, la mayor parte de la labor de la escuela no puede dar los frutos esperados.

¿Dónde puede prestar su mayor contribución, entonces? Aquí viene la segunda idea esencial: los centros han de disponer de mucha autonomía para decidir de qué modo el tipo de alumnos con los que cuenta pueden beneficiarse en mayor medida de la enseñanza que reciben. En particular, mi idea es que las escuelas han de generar un clima, con normas claras y apoyadas por todos, que aliente el que los chicos quieran asistir porque se sientan valorados, al tiempo que ellos sienten que su natural tendencia a aprender y a dominar el desarrollo de su persona les reporta una satisfacción psicológica innata y necesaria para la adecuada formación de su autoconcepto. Esto puede implicar que el programa oficial quede muy cambiado, pero no veo otra alternativa cuando las carencias son muchas e importantes.

Quiero ampliar un poco más esta idea. Creo que el problema más grave es que la escuela está desalojada del esquema de interpretación de la

realidad que muchos chicos tienen. Lo que ellos sienten que es importante para sus vidas no está relacionado con lo que aprenden allí, sino que les produce impotencia y frustración. Se me dirá que la escuela no debe bajar el nivel para acercarse a los chicos desmotivados, sino más bien lo que debe de hacer es exigir a estos que se motiven y estudien. Sin embargo, considerando que la realidad social es compleja e hija de un tiempo y unos modos de vivir, no es realista que la escuela espere a que sus alumnos vengán de casa "más motivados". Con los chicos que ahora fracasan en sus estudios obligatorios (aproximadamente un 25% del total) el mensaje debería ser: generemos currícula que estén vinculados a las necesidades emocionales de los alumnos, y exijamos un trabajo serio sobre la base de esta programación. No quiero decir que la escuela haya de ser "divertida" en el sentido ligero de la palabra, sino que debe de interesar como comunidad de aprendizaje en una realidad que muchas veces naufraga entre esos chicos. La escuela ha de ser la oportunidad para que el alumnado entienda que sus sentimientos pueden ser positivos hacia ellos mismos y los demás.



La tercera idea que quiero destacar es que, más allá de ese cambio de clima y de currícula escolar, los profesores pueden trabajar directamente los sentimientos de los alumnos, en especial si atendemos a la etapa preescolar y primer ciclo de primaria. Sin embargo, con chicos más mayores —y desde luego, con jóvenes de secundaria— todo esto es mucho más difícil si previamente no se ha conseguido crear ese clima solidario, de unidad psicológica para el aprendizaje.

De hecho, salvo aquellos que son producto de una respuesta instintiva al mundo (...), los sentimientos son un modo moral de percibir y responder a la realidad.

No es una coincidencia que las escuelas que obtienen los mejores resultados académicos son las escuelas donde las relaciones personales están aquilatadas y valoradas. Y me refiero especialmente a escuelas públicas, ya que en “escuelas de élite” donde los alumnos tienen pocos problemas, esto es una consecuencia natural de que las cosas funcionan bien en sus hogares.

Pero cuando no hay criterios rigurosos de selección, cuando lo que se ve en la escuela es un corte transversal de la sociedad de hoy, la relación entre calidad de las relaciones personales y aprovechamiento escolar aparece diáfana.

¿Cómo trabajar directamente los sentimientos? Como dije en un principio, los sentimientos están unidos al sentido moral del alumno. De hecho, salvo aquellos sentimientos que son producto de una respuesta instintiva al mundo (el miedo en una situación de amenaza física, la tristeza ante un problema o enfermedad, etc.), los sentimientos son un modo moral de percibir y responder a la realidad. Las escuelas pueden ofrecer actividades regladas que se dirijan a que los alumnos interpreten de un modo moralmente elevado esa realidad. Hay varias posibilidades: implicación de los alumnos aventajados en tutorías con chicos con más problemas (y que tal actividad sea computable en sus notas), participación en actividades del barrio, talleres de aprendizaje emocional y social en determinadas asignaturas... El límite es la creatividad y voluntad de padres y profesores.

Los sentimientos y el aprendizaje en la escuela no pueden disociarse. En la actualidad la perspectiva de una asignatura de “educación cívica” parece ser la respuesta pensada desde el gobierno, pero me temo que esto no será suficiente. Hasta que no veamos la escuela dentro de un proceso más global, donde el hecho de asistir a sus aulas quede alojado como un elemento prioritario en la realidad afectiva del alumno, estaremos dando vueltas a un círculo que no permitirá avanzar en las metas que todos queremos que sea capaz de alcanzar la enseñanza.

Una pedagogía de los sentimientos es saber aprovechar el desarrollo afectivo del chico para que favorezca el aprendizaje de las habilidades instrumentales que son necesarias para ser ciudadanos productivos. Los sentimientos son tanto una meta de ese aprendizaje como un medio para que éste tenga sentido en la psicología del alumnado.

VICENTE GARRIDO es profesor en la Universidad de Valencia. Ha dirigido investigaciones sobre ámbitos muy diversos de la criminología, la psicología de la delincuencia y de la educación correccional. También es autor de diversos títulos de referencia en los campos de prevención de los malos tratos y del abuso sexual en niños, así como de títulos de divulgación como Amores que matan y Los hijos tiranos. Es autor y coordinador del programa-taller alternativo La máscara del amor.